

EDITORIAL

LA SEGUNDA ETAPA DE "EL CÓNDOR"

Movidos por el entusiasmo que el quijotismo siempre infiltra en los corazones de los jóvenes, nosotros, que habíamos empezado a idealizar en las columnas de EL CÓNDOR poniendo en holocausto suyo nuestros primeros esfuerzos de ilusionistas, nos imponemos hoy la tarea de sacar su segunda etapa con la fe de conducirlo por los mismos senderos que frecuentó, pero precisándole mayormente su índole para que obtenga en sus exploraciones, si no el éxito que quisiéramos, por lo menos más aceptación entre los círculos intelectuales de la juventud costarricense, a los cuales deseamos tener en nuestra liza apadrinando la publicación en su segunda prueba.

La época no puede prestarse para que a tenor de periodistas incipientes sacrificadores de sus nombres por intereses mercantilistas, o por miras políticas degradantes, y por ende miserables, obtengamos un éxito monetario, pues no sería éste la resultante de esfuerzos desinteresados, que sí queremos en perjuicio de toda clase de asuntos que no resistan sobretodo el análisis de nuestras conciencias, asuntos que desgraciadamente son los que delegan la satisfacción material en detrimento de la nitidez celestial del alma.

Nosotros vamos a comprar con esfuerzos intelectuales y pecuniarios un tanto de satisfacción moral que sirva de combustible al horno interno de nuestros pechos, en los que arde la roja llama de la pura idealidad, con la cual queremos calcinar la figura peligrosa de los intereses personales, fuente satánica de perversión a donde van los desechos de los sentimientos bastardos del hombre, y los ejércitos fantasmagóricos con que lidian en los cerebros los pensamientos enfermizos.

¿Y no es cierto, al cabo de todo, lector—que os saca hilaridad tanta blancura en medio de tan bochornosa oscuridad—que del idealismo, de la satisfacción meramente de espíritu, toma la materia el principio fundamental para asegurar la armonización de sus funciones y expulsar las materias purulentas que carcomen el protoplasma de la célula? ¿Pues la tranquilidad del espíritu le es indiferente al cuerpo? No, y que lo es bien cierto.

El otro sendero, el de los idealismos, nos puede dar con igualdad de trabajo y fuerzas consumidas, el equilibrio completo entre la robustez del alma y el vigorizamiento del músculo.

Nuestros ojos así han percibido la resolución del problema, y, aunque es costumbre habitual alarmarse cuando las conclusiones propias señalan disparidades con las de la mayoría, nosotros nos hemos preocupado bastante en que ellas nos tengan sin cuidado.

Nuestro CÓNDOR, lo volvemos a decir, se concretará a su índole, sin salirse por caminos laterales, aunque por ello tengamos que reducir la vida de su segunda etapa a ocho meses nada más.

Creemos que a pesar de que lo ocuparemos para el servicio de las publicaciones de nuestros ensayos, EL CÓNDOR representará una labor laudable y digna de que se la tenga en cuenta, tanto más cuanto que su lema será la preferencia de la *belleza literaria* cuando se trate de seleccionar trozos de autores buenos, sobre el prosaísmo de entecas mediocracias escritas bajo el peso de opresiones gubernamentales, expoliadoras del Estado, o sobre cuantos escritos creamos saturados de maliciosas tendencias o malversadoras inclinaciones, parasitarias de la sociedad.

De todos modos, los trabajos hechos al peso del mazo sobre el yunque, cantando los himnos luminosos de la emancipación humana, que llevan la inspiración de las cabezas pensantes de valía cual la claridad del alba la verba divina del Creador, aunque aparentemente carezcan de eficacia, la derraman en fecundos gérmenes que levantarán de en medio de este caos de fermentos sanguinarios, la dorada espiga que extirpará el dolor y la miseria.

CANCELACIÓN DE UN NAUFRAGIO

Para mi distinguido amigo, Luis Odio A.

LA GUERRA ES SANGRE PARA TODOS

Caía una lluvia fina que helaba los huesos; el mar dejaba ver la extensión máxima de la playa; la baja marea mantenía en quietud extrema las saladas aguas; uno que otro islote dibujaba débilmente su irregular silueta a través de la bruma espesa; el cielo suspendía negras capas de nubes.

Las apresuradas maniobras de un monstruo de guerra flotante atrajeron toda mi atención hasta ahí dedicada a la triste observancia de un panorama melancólico. Yo, que sentado en un seco tronco de pino bajo el techo de un vetusto galerón, cuyo suelo, preciosamente invadido por delicado césped exhalaba selvático perfume, sufría la intemperancia de una brisa fuerte que cambiaba la recta dirección de los transparentes hilitos de agua, hasta llevarlos a mi cuerpo; el vello lo tenía hirsuto, tal era el penetrante frío del aguado ambiente.

La fragata subió por completo una bandera germana que violentamente flameaba a la mitad de uno de los mástiles. De pronto el tormentoso bramido de un cañón seguido al instante de una contestación lejana, me hizo estremecer. Quedéme inmóvil; con la concentrada inmovilidad de la esfinge.

Poco después las flotantes máquinas de guerra cruzáronse tan espantosa cañonada, que creí ver hundirse la visible embarcación en medio de la densa nube de humo arrojada por sus guardianes de metálicas bocas sanguinarias. En la debilísima línea del horizonte una llama lenta y cuyas proporciones debían ser gigantes, me evidenció la derrota del otro beligerante. Los fuegos paráronse de pronto. Una gritería infernal a bordo del monstruo vencedor ponía con broche de embriagadora alegría fin a la sangrienta tragedia del majestuoso y sereno campo de batalla.

Las aguas del mar volvían con su secular insistencia a ganarle terreno a las pardas y arenosas playas.

El viento del norte dejó su violento soplo; la lluvia cayó torrencialmente.

Al despejarse el cielo, la lluvia, que hasta entonces me impidió con sus molestias seguir observando el pesado barco, que a poco había tomado dirección hacia alta mar, abarcaba con sus acuosas lanzadas parte del continente nada más y una pequeña fracción de la bahía.

Me conduje con presuroso paso a la playa para ver alejarse desde ahí a la animada fragata germana que iba en persecución de nuevas luchas con el objeto de evidenciar la potencia nervuda de su nacionalidad, conquistada con el empeñoso trabajo de siglos para ir ¡ay! a gozarla en el fondo de un espantable abismo.

Ante el pensamiento que al presente me hacía presumir la realidad de una siniestra visión,—la futura agonía de un triunfante coronado con una rama de laurel chorreando sangre—me fui a la faena del campo en que ganaba mi pan regando la semilla sobre el poderoso humus, donde me sorprendió, cuando el sol emanaba torrentes de plata fluida, a la mañana siguiente, la noticia del más fatal y violento hundimiento del vapor *Dora de Alemania*, efectuado hasta aquí por una terrible explosión de dinamita.....

MOISÉS VINCENZI P.

LIRIOS ENFERMOS

El cumplimiento de las disposiciones dictadas por el Ministerio de Gobernación acerca de la prostitución, del alcoholismo, de la vagancia y del juego, ha demostrado que estas dolencias estaban más arraigadas de lo que creíamos. Sólo en la Segunda Sección se han recogido, en los cuatro primeros días, 372 individuos, entre hombres y mujeres, lo que da un promedio de 93 diarios.

Debemos advertir que, a pesar de ser tan grande el número de detenidos en la referida Sección, no se ha presentado ni un sólo reclamante, lo que prueba, al par que la competencia de los funcionarios respectivos, la justicia que existe en tales detenciones. Si la cuestión sigue como va, en menos de 15 días tendremos más de mil recogidos, y eso sólo, en una sección. Chiquillas de trece o catorce años, mujeres ya entradas en edad y hombres jóvenes y viejos, aumentan día por día la lista de detenciones y nos muestran, al presentárenos en esos grupos tan numerosos, cuán alarmantes son los extragos de la delincuencia y cuán urgentes son las medidas que deben tomarse para combatirla.

Natural es que esas medidas no deben traducirse en castigos inquisitoriales para los pobres delincuentes; pues ellos, hasta cierto punto, no tienen la culpa de lo que hacen; es el medio ambiente o los factores hereditarios los que los llevan por el camino de la deshonra. El Estado debe buscar la génesis de la delincuencia y combatirla allí, en su propia raíz, y no en las ramas ni en los frutos. Se necesitan medidas de purificación general para que los vicios no puedan desarrollarse, para que la infancia encuentre un medio sano en el cual agitar sus alas que-rubinales.

Esa chiquilla de quince años que lleva un traje de colores vistosos, que calza zapatitos de charol con hermosas hebillas niqueladas, que se arregla el peinado con grandes lazos llamativos y que ahora está detenida por sus hazañas nocturnas en cuartos de hoteles o en trastiendas de establecimientos públicos, ha llegado a esa prisión de la manera menos premeditada. Cuando sólo tenía doce años de edad, su madre, que gustaba y aun gusta de recibir amigos en su casa, con el objeto de ahorrarse el gasto de la sirvienta, la sacó de la escuela, donde iba muy adelantada, y la puso a hacer los oficios domésticos. La pobre chiquilla tuvo que ir al mercado todas las mañanas a comprar los alimentos diarios. Hasta entonces no tenía ninguna mala inclinación, no obstante el ejemplo que veía en su casa. Su traje era humilde, el cabello apenas se lo recogía con una cinta delgada y ningún cuidado le daba llevar la cesta de comprados bajo el brazo. Trabajaba de la manera que su tierna edad le permitía. Ahora bien, entre las amistades que hizo en el mercado tenía la de una chica no muy recogida que siempre le hablaba de amoríos y de citas en lugares poco frecuentados. Estas conversaciones despertaron en la ex-colegiala la idea de hacer ella esos paseos con cierto joven que con frecuencia le hablaba de sus ojos flechadores y de su boquita de ambrosia; pero no se hallaba en valor de de-

círselo a su amiga, la que no dejaba de insinuarla para que se cambiara la cinta del peinado por otra más ancha y de mejor color, diciéndole, al mismo tiempo, que en la zapatería de la esquina hacían botas muy elegantes y que las daban muy baratas y a plazos. La pobre chica se vió triplemente acosada: por su madre que, en estando ella bien vestida, no se cuidaba de su hija; por



Don SALVADOR R. MERLOS

la amiga y por el pretendiente, que ya le había hecho despertar las vibraciones del amor. Sucedió lo que tenía que suceder: tuvo relaciones con su pretendiente. Siempre que podía se veía con él, ya fuera en casa de una amiga, ya en un cuartucho de la fonda más cercana. Pero, a los cuatro meses, su amante encontró una colocación fuera de la ciudad y no se volvió a acordar de la chica del mercado. Ella sufrió durante los primeros meses, pero luego tuvo nuevas relaciones que la fueron llevando por el camino del vicio. ¡Ni una mano bienhechora salió a evitarle el precipicio! Como ya sentía la necesidad de los zapatitos de charol y de las medias caladas, que su madre no podía o no quería darle, usó cintas llamativas, se hizo más pronunciado el color de sus mejillas, se simuló ojeras y se aumentó las formas, y así, de caída en caída, manteniendo sus caprichos con el comercio de su cuerpo, ha llegado a la triste situación en que hoy se encuentra. Esa es la historia de la chica del vestido azul.

Aquel otro individuo que conversa nerviosamente con su compañero, no hace mucho tiempo que perdió a su esposa, para cuyo entierro tuvo que gastar gran parte de sus economías. A los dos meses, con motivo de la crisis, quedó cesante de su empleo y entonces tuvo que disponer hasta del último centavo. Vivía pobremente con su madre y una hermana. Se puso a buscar trabajo, pero, con tan mala suerte, que pasó un mes quince días sin conseguir nada: en los talleres le decían que querían suprimir operarios, en los almacenes que nada vendían y que sobraban dependientes, en los

ferrocarriles que todas las plazas estaban llenas. El pobre destituido no halló qué camino tomar. Ensayó un negocio de limpiar espejos y fué al fracaso; cuando su madre le dijo que ya en la pulpería no querían darle porque debía mucho, tuvo que pedir prestado llenándose de deudas. Después ni siquiera encontró quién le prestara: los pensamientos tenebrosos empezaron a cruzarse por su mente. ¿Qué hacer? Su madre no podía morir de hambre, su hermanita no podía salir a la calle con el pie en el suelo; él no podía pasar mucho tiempo con la misma camisa y con el mismo cuello. El suicidio se le cruzó como una llamarada infernal, pero no tuvo resolución para llevarlo a cabo. Se decidió por el robo; así no proporcionaría nuevas penas a su familia y sí podría mitigar las necesidades de ésta... En una calle poco transitada estaba una puerta abierta y a poca distancia un objeto de plata por el cual bien podían darle cuatro colones, o sean cinco días de alimentación para toda la familia! Se detuvo en la esquina esperando el momento oportuno; en su alma había una lucha terrible: la hombría de bien, por un lado, y el hambre de su familia, por otro, se disputaban aquella cabeza delirante. Los momentos eran angustiosos; sus amigos ya no le verían con buenos ojos porque tendría el estigma de ladrón; pero, si no hacía suyo aquel objeto.... En ese delirio se hallaba cuando un policial le pidió su nombre y le dijo que le acompañara; él no se daba cuenta de nada; eran las tres de la tarde y aun no había tomado café. Sin embargo, el agente fué implacable y nuestro pobre hombre tuvo que ir a la detención. En ella está, tomándola como un sueño y pensando aún en su madre y en su hermana...

Como los dos casos descritos, los demás también tienen su historia, sus motivos involuntarios que les indujeron a la delincuencia... Por eso no debéis tener horror por ellos; son frutos raquíuticos que no han encontrado abono para desarrollarse, son lirios enfermos cuyos pétalos marchitos expresan lo insalubre de la tierra que les alimenta. Tratadlos como enfermos y no como fieras indomables; ofrecedles la medicina en vez del látigo infamante; y, sobre todo, fertilizad el terreno para que no haya lirios enfermos, para que todos crezcan robustos y aromáticos y hagan de este valle de lágrimas un paraíso de felicidad....

SALVADOR R. MERLOS

San José, Costa Rica, noviembre de 1914.

Gesto heroico

Luchando por el triunfo de ardientes ambiciones,
Se lanzan a la muerte con saña y con porfía,
De Europa la vetusta los reyes y naciones
Y forman al instante feroz carnicería.

Se incendian las ciudades, retumban los cañones,
Se quejan los heridos y luchan todo el día,
Con ira inexplicable, cansados batallones...
Por fin llegó la noche; cesó la artillería...

Mas ¡ay! el Sol que asoma de nuevo en las praderas
Encuentra una montaña de carne y calaveras
Que alza en un minuto la furia de la guerra...

¡Contraste! En ese cuadro de ruina y de tristeza
No todo es destrucción; hay algo de belleza:
El gesto de los belgas que mueren por su tierra!

SALVADOR R. MERLOS

San José, Costa Rica, noviembre 15 de 1914.

El joven profesor Torres Rojas

El joven profesor don Rubén Torres Rojas nació cual la planta silvestre pero perfumada del bosque, entre la hierba humilde de su reputada estirpe, para florecer lozana, fresca y pura en la ciudad, con el vigor de las plantas que solas..... muy solas se sostienen.

Risueña, gentil como su alma lo es, su aspiración no oscila con la pereza de la que está abandonada al ocaso por irresolución de su generador; su sistema nervioso no conoce los términos medios cuando para verlos es indispensable ser pusilánime y reticente; su persona posee una sensibilidad artística como la propia del poeta grave y sentencioso; su mano no sólo se ocupa del lápiz y la pluma, si que también del martillo que perfora la madera impulsando la punta de un cilindro de metal, o de la fina tenaza que



Don RUBÉN TORRES ROJAS

ejerce su oficio entre las complicaciones de la delicada maquinaria de un reloj, o de la horma que en su dura espalda talla perfecta la forma de un zapato; sus brazos sirven para el trabajo material que pide ingenio, como sus facultades intelectuales para la gimnástica de las ciencias y las letras.

Es un envidiable conjunto precursor de bonanza y gloria, porque su franqueza, liberalidad e hidalguía, no pueden ser nunca precursoras de borrasca y de tormenta.

Este noble joven, de quien tanto se puede decir sin estrujar la memoria, presentará el esfuerzo tenaz de su cerebro, cuando la madurez de la vida lo colme de experiencia, al frente de la sociedad para que el desprecio de ella sirva de monumento al amor que en los días de su vida le tributara a sus pies, con la resignación y ansiedad de los apóstoles y con la confianza de los luchadores que esperan del placer moral, el premio que merecen por sus bondades infinitas.

LA INTELIGENCIA

I

Rugió el leoncillo, y, al sentirse fuerte, sacudiendo orgulloso la melena, se despidió de su achacosa madre queriendo altivo recorrer la selva. La madre, entristecida, con arrogancia y con amor de flera, acarició al cachorro que por siempre dejaba ingrato la tranquila cueva. Y al mirarlo alejarse, con el cariño de las madres buenas, la vetusta leona le dijo entre rugidos de tristeza:

II

—Sé cauto y receloso, que del valor no es mancha la cautela: sé audaz, y tu bravura te dará la victoria más completa y verás que en el mundo tiene siempre razón quien tiene fuerza; desprecia a los cobardes que se arrastran, ampara a los que tiemblan, destroza sin piedad a los traidores y extrema la prudencia cuando encuentres al hombre en tu camino; hoye del hombre, esquivas la pelea, porque el hombre es más fuerte y más temible que todo lo temible de la tierra.—

III

Despreciando consejos maternos saltó el leoncillo, y al cruzar la selva encontró a un elefante gigantesco que caminaba por oculta senda. —¿Eres el hombre?—preguntó el cachorro. —Su esclavo soy—le respondió el atleta;— y como esclavo dócil voy cargado de leña para que mi señor en el invierno en su hogar, que es mi cárcel, lumbre tenga.— Asombrado el leoncillo siguió andando, y en la llanura inmensa encontró a un alazán gallardo y noble de largas crines y gentil cabeza. —¿Eres tú el hombre?—preguntó el cachorro, —Su esclavo soy, le sirvo en sus empresas—

dijo el corcel.—El freno me esclaviza, me aguijan las espuelas, y, dócil a mi dueño con él combato en la sañuda guerra y en la bendita paz labro los campos y convierto en verjeles las estepas.

IV

Atónito el leoncillo volvió al bosque y entre robustos troncos y malezas escuchó de un lebre, fuertes ladridos. —¿Eres el hombre?—preguntó la flera. —Soy su esclavo más fiel, su leal amigo—dijo ladrando el perro,—y tu presencia le advierto cuando ladro de este modo.—

Al pie de unas palmeras vió el leoncillo agitarse una figura, muy débil, muy mezquina, muy pequeña: —¿Sabes dónde habrá un hombre?—preguntó sacudiendo la cabeza el leoncillo irritado. Y aquella figurita tan pequeña le contestó sereno:—Aquí me tienes, el hombre soy, monarca de la tierra. —Prepárate a morir si eres el hombre—rugió el cachorro.—Miserable, tiembles! ¿Cómo tú, tan pequeño y tan mezquino arrancas a mi padre la existencia?...—

V

Tranquilo el hombre se alejó unos pasos; y al saltar el león buscando presa sintió herida su zarpa por un hierro y vencido rodó sobre la arena. Prisionero quedó, robustos lazos le encadenaron, y en su jaula estrecha rugiendo de pesar lloró el leoncillo, lloró por vez primera. —Ya lo ves, soy el hombre—dijo el hombre.— Y el cachorro, moviendo la melena le preguntó asombrado:—¿Cómo vences teniendo yo razón, pues tengo fuerza? —Venzo por que mi fuerza es un destello emanado de Dios... ¡la inteligencia!

LEÓN TOLSTOY

(Traducción de Blanco Belmonte)

LA PRENSA

El pensamiento, cual chispa veloz, corre precipitado de un punto a otro del universo mundo. Su luz tramonta las elevadas y perpetuas crestas de los montes, hiende los bramidos de los vientos y surca las encrespadas olas del océano, en busca de inteligencias que iluminar. Nada a su paso lo detiene; no existen para él, murallas graníticas, formidables, ni se encadena con férreos anillos a perpetua esclavitud; los déspotas han quedado siempre burlados en los grandes e inalienables dominios del pensamiento. La historia nos cuenta que Tácito escribió en secreto los hechos nefastos de Nerón. Así es como entre los combates de la espada y la pluma, ésta ejerce venganzas que atraviesan altivas todos los siglos, todas las gentes, todas las zonas.

Después de que el genio de Gutenberg, dió alas al pensamiento, la prensa, la hoja periódica, la revista, es el hilo conductor que lanza la idea, por todos los ángulos del globo. Grande y por cierto muy nobilísima, es la misión de la prensa, y por ella conocemos los países, emprendemos excursiones al través de las naciones mundiales, valoramos sus adelantos, juzgamos a sus hombres y nos ponemos en comercio con sus ideas.

Imponderable es el caudal inmenso de beneficios que la buena prensa, y mejor dirigida, deja a su paso. Savia vigorosa, alma mater que sustenta el organismo social; sin ella serían nulas las fuerzas vitales de la moderna sociedad.

De aquí el justo afán de propagar la buena prensa en todos los pueblos, y de que nazca allí donde el florecer de las inteligencias comienza con todo el vigor de la juventud ardiente y ansiosa de difundir la verdad, la justicia y el derecho, que educan y moralizan a las grandes o pequeñas naciones.

Los grandes inventos del ingenio humano, las novísimas investigaciones de la ciencia y de las artes, la luz, la electricidad, el vapor, le rinden tributo y se dedican a ayudarla

en su gloriosa tarea de difusión. A sus órdenes dispone de la asiduidad de millares de fotógrafos, que fijan en sus clichés los grandes y diarios acontecimientos, el ingenio de los coloristas y dibujantes, el buril de los grabadores, y como dando vida a todo esto, deja su honda huella de luz la frase del escritor, la sublime inspiración del poeta.

Laborar en pro de la prensa sana, bien dirigida y mejor intencionada, es realizar el más bello ideal que el hombre puede forjarse, en las horas de reposado estudio y de impropio trabajo.

Secundar los esfuerzos del obrero de la idea sana y levantada es señal de amor a la patria, a la humanidad, y de perfección a las generaciones futuras.

MANUEL ZAVALA,
PRESBO.

LA PAZ

Para unos, ella es aspiración nobilísima erguida a la altura del cielo en las más altas torres del ideal. Para otros, grosera realidad es la paz: el garrote del gendarme es su sostén y a su sombra privan todas las impunidades del oro y del crimen.

Tal y como los buenos la comprenden, la paz es la más alta concepción humana tallada en las canteras del anhelo por los cinceles del pensamiento. Es la suprema venturanza del planeta, como el sol y como la justicia; como el agua fresca y pura que vierte la tieraa de su entraña virginal, como las benéficas emanaciones del corazón de la montaña.

En el mezquino molde de los convencionalismos y de las complicidades que forman el ambiente de las picardías y del bandolerismo militantes, esta noción—la paz—va unida estrechamente a la idea del miedo con que asombran a las masas las bayonetas del gobierno, dirigidas contra el más leve intento de altivez.

Para alcanzar la primera es preciso acabar con la otra, reduciendo a escombros las fortalezas del grotesco presente y echando sobre sus ruinas los cimientos del futuro feliz.

El presente!, habéis meditado lo bastante acerca del presente? La idea encierra un aplastante cargamento de monstruosidad brutal con el que ya no pueden más las horas que lo sienten. Mirad como los pavorreales del poder escarnecen todo principio de derecho, arrojan su sangrienta burla sobre el pueblo y pasan estirados como gansos por enmedio de una multitud que, si siente los escozores de la afrenta, carece de valor para una reparación viril.

Podéis mirar todo esto; pero guardaos de exponer la indignación que el ultraje os arranca, porque al punto la sentenciosa cobardía que está en la atmósfera os gritará al oído llamándoos malos ciudadanos, indignos de los atributos de esa llamada paz, que es prenda de desgracia de este infeliz rincón del mundo.

Maldita sea esa paz de silencio y miedo que nos envuelve y nos asfixia, buena para la vida de chiquero que nos mata; indigna de hombres que han sentido en el alma un minuto siquiera de grandeza y de acción.

Bienvenida la paz buena, la paz lejana, la que corona sus sienes con los atributos del sol hechos espigas, la que es saludable como el agua fresca, la que es benéfica como el viento perfumado de las selvas, la que se yergue en las cumbres enhiestas del ideal, la que habrá de elevarse por todos los confines cuando el brazo del hombre haya barrido del mundo todas las podredumbres de la hora actual.

Si la muerte inútil, si la muerte vulgar y estúpida nos acecha en todos los recodos de la vida, por qué no despreciarla e irnos valerosamente al encuentro de otra menos indigna si ella tiende a la cristalización del ideal?

Vuelen, que vuelen con bríos de cóndores los pensamientos de los libres y que ganen sin miedo los gallardos peñascos de las determinaciones irrevocables.

Bien merecen los jóvenes esta gloria, reservada por la vida a los fuertes únicamente.

RUBÉN COTO

Tres Ríos, 6 de enero de 1914.

Deseos

Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga,
y llevarte, en mi lomo, a la fuente,
en busca del agua,
con que riega tu madre, el conuco,
con que tú, mi trigüeña, te bañas.

Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga,
y llevar, al mercado, tus frutos,
y traer, para tí, dentro el árguena,
el vestido que ciña tu cuerpo,
el pañuelo que cubra tu espalda,
el rosario de cuentas de vidrio
con Cristo de plata,
que cual rojo collar de cerezas,
rodee tu garganta....

Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga.....

Desde el día en que el cierre del monte
cogida la falda,
el arroyo al cruzar, me dijiste,
sonriendo: ¿me pasas?
y tus brazos ciñeron mi cuello,
y al pasarte sentí muchas ganas,
de que fuera muy ancho el arroyo,
de que fueran muy hondas sus aguas,
desde el día que te cuento, trigüeña,
yo que quisiera ser burro de carga!....

Y llevarte en mi lomo, a la fuente,
y contigo cruzar la cañada,
y sentirme arrear por tí misma,
cuando, a vuelta del pueblo, te traiga,
el pañuelo que cubra tu espalda,
el rosario de cuentas de vidrio,
con Cristo de plata,
que cual rojo collar de cerezas
rodee tu garganta.....

Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga!

ARTURO PELLERANO CASTRO

Rafael María Rodríguez

Nemo me lacrimis decoret neque funera fletu
Faxit Cur? Volite vivu' pero ora virum!

Quinto Emílio

Nadie me llore ya que permanezco
vivo en boca de todos!

Porque en el pecho llevaba un corazón de niño; porque su mano siempre estaba abierta a la bondad y al afecto; porque de sus labios jamás salieron otras palabras que no fueran las del consuelo, las de la gratitud y las del cariño; porque era la suya una privilegiada cabeza pensadora y porque toda su vida supo consagrarla a la ciencia, al alivio de la humanidad doliente y a la filantropía; por eso tenía que morir en la plenitud de sus años, en los mejores días de su existencia y de una penosa y repentina enfermedad del corazón!

Caballero sin tacha; amigo sincero; hermano afectuoso; marido modelo y amantísimo hijo; eso fué en vida el malogrado amigo cuya fatal desaparición hoy lloramos todos los que tuvimos la dicha de conocerlo.

De joven tuvo que luchar con la adversidad, y la muerte de sus padres vino a ensombrecer para siempre su temperamento de natural triste y reconcentrado; después la ausencia de la patria, la nostalgia por los nativos lares, por la familia y por los amigos; el pan de la amargura en tierras extrañas; y la ciencia y la filosofía, que son cicuta amarga para el espíritu, hicieron que rebalsara el ánfora de sus desventuras y que la muerte, vendimiadora de nuestras vidas, viniera a recoger una existencia noble y privilegiada!

Desde joven también padeció del mal de Silva, de Werther, de Rolla, de Manfredo y de Leopardi... Si hubiera escrito, sus páginas tendrían quizá la amargura de Nietzsche o de Schopenhauer o la nota nostálgica y doliente de Muset o de Amiel... Pero se dedicó a la medicina y en ese campo supo tener inteligencia, y más que inteligencia: corazón.

Por eso, os repito, murió del corazón!

Hoy nos queda a nosotros el monumento altivo de su bondadosa vida; el monumento que en el espacio y en el corazón de centenares de hombres él supo esculpir con el cincel de sus generosas acciones!

Rafael María Rodríguez: caballero sin tacha, amigo sincero, hermano afectuoso, marido modelo y amantísimo hijo, si a vuestra tumba llega con la doliente voz del bronce de la iglesia y el melancólico rumor de los cipreses del camposanto, un cántico sonoro y un profundo lamento, no os sorprendáis; es la voz de todo un pueblo, y de un pueblo joven y vigoroso, que hacia el cielo levanta un sonoro cántico loando tus virtudes y un lamento profundo llorando tu inesperada y dolorosa muerte!

J. J. S.

EPITAFIO

El que está aquí sepultado,
falleció ¡desventurado!
por que no pudo casarse.
¡Cuántos mueren de acordarse
del día que se han casado!

46908 TIPOGRAFÍA LEHMANN (SAUTER & Co.)